MANUEL CARDENAL DE IRACHETA

CRONICA DE DON ANTONIO Y SUS AMIGOS EN SEGOVIA

Por los años de mil novecientos veintitantos era Segovia para algunos amigos como una pequeña corte renacentista. El taller del ceramista Fernando Arranz, escisión del ya demasiado mercantilizado de don Daniel Zuloaga (cuyas barbas rivalizaron en su hora con las valleinclanescas), acogía hasta una docena de personas que pudiéramos decir notables. El taller estaba en una vieja iglesia de las antaño románicas, reformadas en el siglo XVIII, que tanto abundan, abandonadas, convertidas en garajes las más, por tierras de Castilla. La piedad ha huido de ellas buscando arquitecturas más confortables. Allí, en la nave, junto a un piano alquilado, unos pocos muebles más bien viejos y ajados que no de «época»; allí, a par de los montones de barro recientemente amasados y los bloques de granito rosa, en un fogón de encina puesto sobre una mesa destartalada, hervía todas las tardes, de tres a cuatro, un buen puchero de café. No escaseaba la leche ni el azúcar —¡oh años próvidos de la pobre España!— y a veces unas golosinas invitaban al apetito de los contertulios. En unos minutos, sobre las tres, hora de *verdad,* acudían a la cita habitual, puntuales, fugitivos de las inhóspitas casas de huéspedes o presurosos por la grata compañía, unos hombres que acaso tenga que calificar de «intelectuales», aunque preferiría llamarles simplemente gente de buen gusto o «amigos de las ideas» con giro platónico. Era de éstos el menos dotado, pero no el menos entusiasta —de cuanto fuera arte, ciencia o literatura—, el cincuentón Seva, modesto empleado de la Delegación de Hacienda de la provincia. Era también el más devoto admirador de don

Antonio Machado. Seguro estoy de que si los libros de Machado hubieran desaparecido, Seva podría haberlos dictado de memoria sin perder tilde. Seva era la sombra de don Antonio, quien le soportaba y estimaba. Es cierto que, como solía observar Unamuno —y apuntaba maliciosamente al salmantino Cividanes, yedra de los grandes hombres que vivían o pasaban por la melancólica ciudad del Tormes—; es, digo, sin duda cierto que el mayor tormento del infierno será la compañía, *per saecula,* de un diablo tonto. Pero don Antonio era incansable en aguantar resignadamente a gentes mediocres. Así pudo padecer al buen Seva y tal vez a otros muchos de su misma harina durante años y años, y siempre con una enorme voluntad de descubrir en ellos su aspecto positivo, su cara buena, que en Seva existía indudablemente.

El estimar y el desestimar obran en el alma humana en estratos de diferente profundidad. Esto explica que si extendemos en un plano —prescindiendo de la altura psíquica en que han nacido— las diferentes series de aprecios y desprecios, nos salten a la vista mil contradicciones. Son contradicciones aparentes, contradicciones ante una mente lógica, intemporal y desvitalizada, que ha hecho caso omiso de que el alma no es llana, sino honda. Don Antonio Machado sólo tuvo en su vida un amor y una estimación profundos: su madre y, como prolongación natural de ella, su esposa, en el breve tiempo que la providencia le otorgó convivir con aquella para quien:

En una estrofa de agua
todo el cantar sería.

Pero también Machado «amó mucho mujeres», como dice con su buen sabor castellano la prosa de la *Crónica* de don Pedro el Cruel. Las amó en un estrato menos profundo que a su esposa y a su madre. Las amó con esa angustia esencial que le hizo cantar maravillosamente:

Es una tarde cenicienta y mustia,
destartalada, como el alma mía;
y es esta vieja angustia
que habita mi usual hipocondría.
La causa de esta angustia no consigo
ni vagamente comprender siquiera;
pero recuerdo y, recordando, digo:
sí, yo era niño, y tú mi compañera.

Amó, en definitiva, en las mujeres: *cuanto ellas pueden tener de hospitalario.*

Pues bien, no sería desacertado extender esta fórmula a los amigos de don Antonio. La bondad proverbial de don Antonio estaba compuesta de una exquisita mixtura de aguante y resignación, por una parte, y por otra, de un propósito decidido de encontrar —en el viejo olmo florecido, en la soleada plazuela, en la fantaseada Guiomar— lo que en ellos hubiera de hospitalario.

Otro asiduo al taller de Arranz era don Blas Zambrano, profesor de Normal, filósofo de cualquier escuela, menos de la peripatética, cosa que en él hubiera sido físicamente imposible, pues no hubo hombre a quien los guijarros del arroyo, o los *borrillos,* dicho a la segoviana, molestaran más. Era este martirio, al cruzar las calles y plazuelas, punto de afinidad con Machado. Como ambos eran corpulentos, bamboleantes en el andar, calzaban grandes botas y tenían aire distraído, ambos fueron bautizados por los «silleteros» niños —frase de don Antonio— como *charlotes.* Don Blas había escrito en su juventud un artículo en los *Lunes de «El Imparcial»,* suceso verdaderamente memorable en su vida, que le daba ante sí mismo autoridad. Después publicó algún libro. Ha quedado inmortalizado por el punzón de Emiliano Barral, en una prodigiosa cabeza labrada en granito veteado, cuya inscripción reza: «El arquitecto del Acueducto». (María Zambrano, hoy filósofo conocido, hija de don Blas, era aún crisálida.)

Emiliano Barral, el escultor, vivía, tras una larga estancia en Italia, con su futuro cuñado Fernando Arranz. Mientras Arranz dibujaba, prodigiosamente, o cocía sus barros, Barral acometía directamente, martillo en mano, el duro granito de Avila. El abuelo paterno de Barral había nacido en Sepúlveda y allí también vieron la luz del día su padre y el propio Emiliano.

Sepúlveda es la ciudad más bella del mundo, con sus esculturas románicas, únicas, con su alfoz de paisaje lunar, todo de canchales, sin un árbol, y allá abajo, el Duratón, de agua pura y metálica, y como un encanto más de añadidura, aquella «caldereta» —trozos de carnero fritos en grandes sartenes llenas de aceite ardiendo— que hizo renegar, pasajeramente al menos, de su régimen de docto médico al doctor Lafora.

El padre de Barral era anarquista «teórico». Un día se aburrió de la familia, del pueblo y cuanto lo rodeaba. Se

fue a Alicante, y allí se fabricó, él solo, ladrillo a ladrillo, una casa, insolidario de sus propios compañeros de oficio (era albañil). Barral tenía mucho respeto por su padre y gran admiración por su abuelo, que era cantero y aún a los noventa años picaba la piedra. De su abuelo había aprendido a trabajar directamente el material duro. A don Antonio le encantaban los tres Barrales. Arranz y Barral tenían entonces las almas atormentadas —como ocurre a todo hombre de verdad—, pero aún puras: podían mirarse a los ojos. Don Antonio había alcanzado el sosiego (represadas quedaban las turbulencias; exprimida, gota a gota, en sus sencillos versos, la amargura). Era un espectáculo edificante contemplar el juego amistoso de aquellas tres almas leales.

La ciudad contribuía al cenáculo con tres de sus hijos, hombres de letras: Julián Otero, Mariano Quintanilla e Ignacio Carral. Julián Otero era el mayor. Había publicado una *Guía sentimental de Segovia,* escrita y editada con gusto modernista. Alma que había encontrado, como tantas de su generación, su expresión en el paisaje y las ciudades de Castilla. Alma fina, delicada, cuyo secreto se perderá con las piedras, con las evocaciones y con el silencio, que ya van desapareciendo de sobre la amarilla gleba castellana, que ahora vive toscamente, echando al aire pimpollos de cemento, humos de alquitranes y ruidos de motores (las ruinas, cada vez más ruinas, envueltas quedan en la retórica).

Ignacio Carral murió trágicamente en Madrid años después, cuando le sonreía el triunfo en su profesión de periodista. Mariano Quintanilla mora aún en Segovia, entre libros, añoranzas, dolores y ensueños. Entonces eran ambos toda la vida española en flor, su juventud contenía todas las promesas.

El padre Villalba, el más viejo del corro, agustino exclaustrado, y el cadete Carranza eran los músicos de la casa y unían a su arte de encadenar los sonidos la rara habilidad de dar siempre con todos los tipos extraños e interesantes que visitaban la ciudad, *motu proprio,* sin acarreo de guías oficiales. Acompañados de sus «presas» acudían al taller de Arranz. Allí encontraban amable acogida. Se hacía música, se discutía, se leía y comentaba el último libro comprado o el último número recibido de la *Revista de Occidente* o de *La Nouvelle Revue Française,* que eran el pasto ordinario de los cultos de la década aquélla. Cuando la tertulia se animaba, exclamaba ingenuamente Emiliano Barral: «¡Este

es un taller del Renacimiento!» Don Antonio sonreía y miraba a la lejanía tras los ventanales de la iglesuca.

Todas las tardes, salvo cuando la ventisca envolvía la ciudad y el campo, y aparecía Segovia, luego, envuelta en nieve, manchada de su delicado amarillo, don Antonio y sus amigos paseaban por los caminos segovianos. Por la Fuencisla, carretera de Santa María de Nieva adelante, pasando por el ventorro de *Abantos* (vieja iglesia mudéjar). Por bajo el Acueducto, camino del *Terminillo* (el mejor vino, de la más breve viña, ¡lástima!, habla don Antonio), camino de La Granja, o tal vez camino de Río-frío, hasta el mismo Palacio. Aquellos amigos amaban a don Antonio. Don Antonio les estimaba. Su carácter era igual, condición de la buena amistad. Como era, en el *buen sentido de la palabra, bueno,* podía tener amigos y los tuvo, los de mi cuento y otros muchos. Yo creo que a él le bastaban, como le bastaban para sus sencillas poesías media docena de imágenes: la tarde bella, el agua clara, la calle en sombra, verdes jardinillos, claras plazoletas, fuente verdinosa donde el agua sueña. ¡Las figuras del campo sobre el cielo! Imágenes en el sentido primero de la palabra, figuras de la mente, no tropos. Pero todas ellas bañadas, literalmente, de angustia. A esa angustia no llegaban sus amigos, ¡no era angustia que pudiera calmar la mano del hombre!

Cuadernos Hispanoamericanos, julio-agosto, 1949.